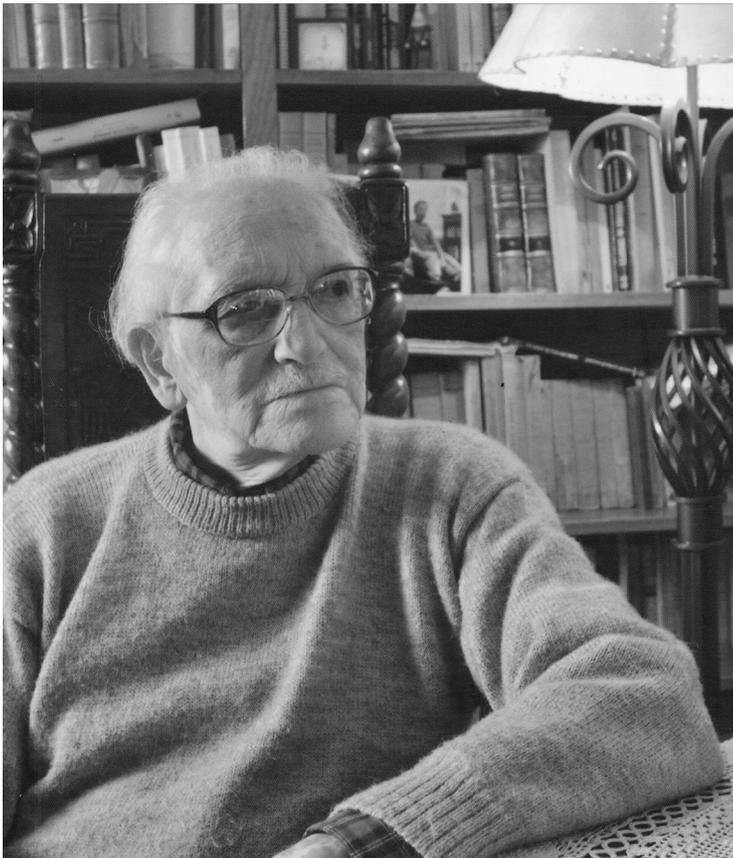


Luis Jaime Cisneros y el arte de enseñar

Jorge Eslava

in memoriam



No fui su alumno, pero sabía de sus bondades como profesor y persona. Constantino Carvallo me hablaba de él y cuando preparamos en Los Reyes Rojos un libro sobre educación, lo invitamos para presentarlo. Me quedé maravillado aquella noche de 1984: fue sabio y divertido. Luego dejé de verlo durante muchos años, aunque lo leía con frecuencia y admiración. Algunos amigos me tenían al corriente de su valioso trabajo en el Consejo Nacional de

Educación y por eso, cuando debía presentar mi libro sobre literatura infantil, de inmediato pensé en él. Le telefoneé y me contestó con familiaridad; intenté explicarle el motivo de la llamada y me invitó a desayunar al día siguiente. Lo encontré con muletas (se reponía de una fractura) y conversamos un par de horas en su biblioteca; por suerte para mí, la terapeuta postergó su visita y pudimos alargar la charla. Me sorprendieron los rincones luminosos de su memoria: me narró sus lecturas infantiles, algunos detalles de amigos comunes y un dato que me dejó perplejo: recordaba que yo había jugado pelota, miles de

sábados, con Ignacio, su hijo menor. Lo recogí días después para el acto, conversamos en un café y nos dirigimos a la feria del libro. Nuevamente su presentación me dejó maravillado: prodigó la sapiencia y el entusiasmo de un maestro esencial. Y tuvo, además, la generosidad de un hombre bueno.

Semanas más tarde pasé a dejarle la obra completa de Wáshington Delgado, gran maestro también, aunque no identificado

con La Católica como Luis Jaime sino con San Marcos. Ambos habían sido colegas y amigos, y sabía que los cuatro tomos le encantarían. Había abandonado la muleta ortopédica y usaba, me parece, un bastón tradicional. Conversamos brevemente, me dijo que tenía un "compromiso muy serio" con sus nietos: salir a El Virrey a buscar libros. Su rostro, bajo el fulgor ámbar de sus estantes, adquirió cierto gesto travieso cuando añadió que estaba empeñado en

que ellos jugaran ajedrez y leyeran mucho. "Son dos actividades que los preparan para la vida; leer a los griegos, por ejemplo, les permitirá templar el espíritu y descubrir qué son capaces de hacer." "¿Y el ajedrez?", le pregunté seguro de que recibiría otra lección. Con su voz dramática me contestó: "Las piezas son modelos de conducta. Ejemplos de grandes combatientes, pero que no siempre ganan".